



**Actos desesperados
de hombres desposeídos:
Masculinidad, heterosexualidad y
crimen en *The Times of Harvey
Milk* (1984) y *Mi nombre es
Harvey Milk* (2008)**

Sara Martín Alegre
Sara.Martin@uab.cat
Universitat Autònoma de Barcelona
2013, 2016

Publicado originalmente como "Heterosexual Masculinity in Despair: Dan White in Rob Epstein's *The Times of Harvey Milk* and Gus Van Sant's *Milk*." *Mapping Identity and Identification Processes: Approaches from Cultural Studies*. Eds. Eduardo de Gregorio-Godeo & Ángel Mateos-Aparicio Martín-Albo. Berlín y Nueva York: Peter Lang, 2013. 179-194. ISBN: 978-3-0343-1053-6. La traducción ha sido realizada por la autora, incluyendo las citas originalmente en inglés, y se ofrece con permiso de la editorial.

Villanos, mártires y héroes sin honrar: Desempoderamiento, homofobia y violencia

Los conflictos violentos de alto impacto dejan al descubierto las tensiones intragenéricas entre los hombres de nuestra actual sociedad patriarcal, en la cual unos buscan el poder para perpetuar este sistema de organización social mientras otros lo persiguen para poder transformar la opresión patriarcal radicalmente. Los cambios en la masculinidad hegemónica se producen a partir de estas confrontaciones pero no necesariamente del modo que solemos asumir. Uno de estos cruciales episodios violentos es el centro de interés del documental de Rob Epstein *The Times of Harvey Milk* (1984) así como también de la película de Gus Van Sant *Mi nombre es Harvey Milk* (2008). Ambas obras usan un cándido tono hagiográfico para honrar a Harvey Milk (nacido en 1930), el primer hombre abiertamente gay escogido para un cargo público en Estados Unidos. El 'Supervisor' (o Concejal) Milk, delegado del entonces recién creado Distrito V en el Ayuntamiento de San Francisco, fue asesinado de varios disparos en 1978, cuando tan sólo llevaba 11 meses en su puesto, por otro Concejal,

Dan White (nacido en 1946). White también asesino en la misma acción criminal al alcalde George Moscone (nacido en 1929). Ambas películas aquí analizadas presentan a Milk como mártir de la causa gay, causa que se vio sin duda consolidada tras su terrible muerte. Con todo, y pese a que el documental presta más atención a las motivaciones de White que la película de Van Sant, ninguna de las dos obras considera a fondo por qué White mató al otro mártir aún hoy sin reconocer: Moscone. De modo significativo White dio muerte a Moscone en primer lugar y a Milk en segundo, un orden indicativo de sus prioridades: primero, eliminar al heterosexual cómplice de la liberación gay y sólo entonces al héroe gay. Así pues, aunque ha sido unánimemente interpretado como un crimen homófobo, el acto execrable cometido por White demuestra de hecho lo mal que entendemos la homofobia y las estrategias en base a las cuales se construye la imagen pública de las víctimas y de los perpetradores. Este crimen doble también nos muestra que carecemos de instrumentos para debatir y comprender la posición arriesgada que asumió Moscone dentro de la hegemonía patriarcal.

El argumento principal que aquí expongo es que tanto el documental como el largometraje ‘ficticio’ sobre Harvey Milk fracasan a la hora de leer e interpretar el proceso por el cual la masculinidad patriarcal le cede parcelas de poder a las masculinidades marginales o subordinadas y a otras minorías, regenerándose durante este proceso para transformarse en masculinidad liberal y anti-patriarcal. Este es el hito que Moscone culminó y por el cual White lo asesinó. Al presentar la acción criminal de White como un ataque claramente homófobo ambas películas cometen el error de omitir demasiado a la ligera la cruzada de Moscone para darle a las minorías una presencia más amplia en San Francisco así como su propio asesinato. Tanto Epstein como Van Sant prestan muy poca atención, además, a la lucha de White por salvaguardar su identidad masculina tradicional en la nueva atmósfera liberal del San Francisco de los años 70 del siglo XX—de hecho, ambas películas asumen sin más que esta lucha es mera intolerancia y fanatismo.

No obstante, hay que subrayar que los hombres que actúan con violencia contra otros hombres—y contra las mujeres y los niños—no son quienes se sienten seguros de su poder sino los que se sienten amenazados y desposeídos. Como nos recuerda el sociólogo americano Michael Kimmel, “Aunque los hombres detentan el

poder allí donde uno mire, los hombres considerados de manera individual ni ‘mandan’ ni se sienten poderosos” (Kimmel 2004: 100). Esto no sería preocupante si estos mismos individuos masculinos no sintieran en muchos casos que la sociedad patriarcal les da derecho a gozar de una cierta cantidad de poder por el simple hecho de ser hombres—es cuando sienten que han perdido ese poder que actúan con violencia, como el propio Kimmel argumenta. Como podemos deducir de estas dos películas complementarias entre sí, en la lógica retorcida del asesino Moscone se merecía su castigo por haber traicionado la masculinidad patriarcal tradicional al cederle poder a miembros de las minorías tales como Milk. De hecho, el objetivo principal de White era Moscone y Milk, podríamos decir, el daño colateral; sin duda alguna hubo un alto grado de homofobia en su asesinato pero el desempoderamiento sufrido por White debido a las decisiones de Moscone era su motivación principal. Esta es la situación que Epstein y Van Sant ignoran.

Antes de pasar a analizar cada película quisiera detenerme en una breve consideración de a qué llamamos ‘homofobia’. Al parecer esta palabra apareció en Estados Unidos en los años 60, no queda claro si en círculos académicos o periodísticos. El primero en usar el vocablo en un escrito parece haber sido el psiquiatra Kenneth T. Smith en su artículo de 1971 “Homophobia: A Tentative Personality Disorder” (citado en Fone 2000: 5), quizás siguiendo los pasos de quien parece haber sido su inventor original, el psicólogo George Weinberg, autor del importante volumen *Society and the Healthy Homosexual* (1972). En este tratado Weinberg se refiere a la homofobia sencillamente como “el temor de compartir un espacio con homosexuales” (citado en Plummer 1999: 4), asociando así este término a otras fobias reconocidas. David Plummer, a quien ‘homofobia’ le parece un “término insatisfactorio” (5) señala que no se trata en absoluto de una ‘fobia’ en el sentido psicológico que Weinberg postula. Como observa Plummer, una fobia genera un miedo irracional que empuja al individuo a evitar ciertas situaciones en que se siente inseguro justamente por temor a sufrir ese miedo; las fobias habituales generan, así pues, miedo y no odio e ira conducentes a la hostilidad y la agresión (4) contra otros individuos. Las fobias reales, nos dice Plummer, no tienen además ningún componente político mientras que la homofobia sí depende de una “agenda política” (4) claramente de derechas. Finalmente, añade Plummer, “a diferencia de la homofobia, quienes

sufren una fobia suelen reconocer que ésta les crea graves dificultades personales que les motivan a intentar cambiar” (4) precisamente mediante un tratamiento psicológico y/o psiquiátrico.

Más que una fobia auténtica, por consiguiente, la homofobia es “un producto de la moderna cultura en torno a la heterosexualidad, en la cual el deseo masculino por otros hombres o cualquier conducta afeminada amenaza con revelar y exponer a la luz pública que el hombre no es esencialmente hetero sino *queer*” (Boyarin 1997: 16)—o en el vocabulario patriarcal tradicional ‘no lo bastante hombre’. Como brazo ideológico del patriarcado, la homofobia “no es un adjunto accidental o facultativo de la heterosexualidad sino la condición que la mantiene” (15), según añade Boyarin. En su opinión “la violencia contra los gays y contra las mujeres son compañeras íntimas” (16) aún siendo el caso que sean hombres distintos quienes perpetrar los ataques. Y pese que esta violencia en paralelo abunda hoy, la misma corrección política que ha ayudado a denunciarla le permite al abusador quedar enmascarado en la sombra, siempre que la rechace en público (sea hombre o mujer). Martin Kantor explica que:

[...] mucha homofobia hoy es de origen paranoico si bien en el clima actual, con su paradójica yuxtaposición de libertad de expresión y ‘vigila lo que dices o atente a las consecuencias’, la ideación paranoica homófoba tiene que expresarse indirectamente, de manera refinada o pasiva-agresiva, de modo que el homófobo pueda encontrar un modo de incurrir libremente en la homofobia sin ser acusado de privar a gays y lesbianas de sus derechos civiles y sin, de paso, ser acusado de cometer un crimen por odio. (2009: xviii)

Es tentador leer el asesinato de Harvey Milk en manos de Dan White como temprano ejemplo de la situación que describe Kantor ya que el San Francisco de 1978 vio por primera vez en la historia americana, y quizás del mundo, cómo un homófobo disimulado (White) tuvo que adaptarse al empoderamiento público de un hombre gay y a importantes mejoras de los derechos civiles de gays y lesbianas en el estado de California. El discurso público de White oscilaba, por lo tanto, entre patéticos intentos de asumir una corrección política mínima y abruptas declaraciones homófobas.

Insisto en todo caso que la paranoia homófoba de White, aunque esencial en su ideología populista conservadora, no fue el único factor que precipitó la tragedia. Se da más bien el caso de que la interpretación de su doble asesinato como acto de odio homófobo fue producto de su vergonzoso juicio. O’Hehir caracteriza a Dan White

como un “humillado populista blanco de clase obrera abocado a la locura a causa del ascenso de una izquierda urbana, poli-cultural y amiga de los gays” y se inclina por

creer que ese día los sentimientos de White hacia la sexualidad de Milk, fueran los que fueran, apenas jugaron papel alguno. Sólo retrospectivamente y por su contexto—condicionado por la escandalosamente leve condena recibida por White, los disturbios que ésta generó y los siguientes 30 años de polémica historia—se convirtió este crimen en un crimen provocado por el odio homófobo. (2008)

Chambers, por su parte, subraya específicamente la estrategia de la defensa de White durante el juicio como el mayor problema: “Si la homofobia era irrelevante para el estado mental de White, ¿para qué se le insistió al jurado que tuviera en cuenta la orientación sexual de Milk? Más aún, ¿cómo se puede racionalizar la homofobia hasta pretender que la víctima tiene la culpa, ni que sea en parte, de su propio final?” (2005: 92). Chambers concluye que “En última instancia, el jurado le dio mayor apoyo al dilema que atrapaba a White que a la trayectoria en favor de la justicia social de Milk”(92).

La estrategia homófoba de la defensa también sirvió para culpar a Moscone por su propia muerte al ser presentado como un amigo de los gays y traidor de clase. Esa ‘traición’, apunta el periodista y miembro del equipo de Moscone Josh Getlin, puede ser la razón principal por la que, según se queja, “apenas queda un recuerdo” del Alcalde Moscone (2009). Lo cierto es que pese a errores graves que empañaron su imagen de hombre honesto, tal como su relación con el siniestro Reverendo Jim Jones,¹ Moscone le plantó cara a la “estrecha coalición de sindicatos, líderes empresariales vinculados al centro de la ciudad y cargos de la antigua escuela del Partido Demócrata” que gobernaban San Francisco antes de 1975, cuando fue elegido alcalde. “De la noche a la mañana”, insiste Getlin, un decidido Moscone le abrió las puertas del Ayuntamiento “a personas excluidas del poder, incluyendo a gays, negros,

¹ Moscone nombró a Jim Jones Presidente de la ‘Housing Authority’ de la ciudad en 1976, “en reconocimiento a su movilización del apoyo dado por el ‘People’s Temple’ durante la campaña electoral” (Chidester 2003: 31). Posteriormente Jones, una figura pública muy popular, huyó a Guyana para evitar ser desenmascarado como el tirano corrupto que era en realidad, acusación que Moscone se negó a investigar. El 18 de Noviembre de 1978, tan sólo 9 días antes del asesinato de Moscone, Jones ordenó en su feudo de Jonestown el suicidio obligatorio de sus seguidores, eliminando a 912, muchos de ellos menores de edad. El propio Jones murió de un balazo en la cabeza, no se sabe si por asesinato o suicidio.

mujeres, latinos, asiáticos, activistas y Demócratas liberales”. Getlin suma a esta hazaña las campañas de Moscone para evitar la discriminación racial y por razones de género habituales en el Departamento de Policía, recordando así mismo que como líder de la mayoría Demócrata en el Senado californiano Moscone ya había conseguido que se aprobara “una ley fundamental para legalizar la conducta sexual entre adultos capaces de dar su consentimiento.”² Moscone, a diferencia de Milk, permanece en el olvido porque, según opina su admirador Getlin, “trabajó sin hacer ruido dentro del sistema, intentando aglutinar grupos muy diversos.” Ni estos grupos ni, por supuesto, el sistema, se han sentido llamados a honrar su memoria.

Quizás sea excesivo pedir que las películas abiertamente gays de Epstein y de Van Sant se ocupen de celebrar el heroísmo de un hombre heterosexual, en tanto que los propios defensores heterosexuales de la justicia pueden llevar a cabo este homenaje y también pensando que, aunque pueda parecer lo contrario en ambientes liberales, queda mucho que hacer para darle presencia pública a activistas como Harvey Milk. Sí que hay que señalar, en cambio, que peor que el vacío en torno al heroísmo mal comprendido de Moscone es la insistencia en estereotipar a White como simple villano homófobo. Paradójicamente, esta equivocada estrategia de representación lejos de socavar la homofobia puede incluso perpetuarla como pura irracionalidad en lugar de como lo que es: una de las más insidiosas armas ideológicas patriarcales.

***The Times of Harvey Milk*: Dan White, el villano incongruente**

El elegante documental de Epstein fue galardonado con un Oscar en 1984, si bien no era especialmente conocido cuando Van Sant decidió narrar básicamente la misma historia; esta falta de proyección pública sorprende sólo relativamente ya que los documentales no han conseguido tener amplia resonancia hasta hace relativamente pocos años y gracias al trabajo, entre otros, de documentalistas tan exitosos como Michael Moore. *The Times of Harvey Milk* se divide netamente en dos partes: la primera trata del ascenso del perseverante Harvey Milk de oscuro dueño de

² Moscone de hecho forzó la controvertida anulación en 1975 de la ‘Sodomy Law’, una

una modesta tienda de fotografía a activista gay de primera fila; la segunda parte trata de su asesinato. Como argumenta Anthony Nield “Básicamente, Epstein le da a su película el tratamiento de una obra de ficción” (2009), organizando su ‘trama’ en torno a la confrontación entre la víctima (Milk) y el villano (White). Nield se queja con razón de que a White “nunca se le dota del ‘factor humano’ que demuestra ser fundamental a la hora de acercar a Milk al espectador, sino que sólo se lo conoce por hechos concretos (...)”. Esta cómoda táctica, añade Nield, revela el “único defecto” del documental: “quienes se oponían a Milk o discrepaban con su punto de vista reciben un trato indiferente”. Esta actitud contribuye, como he señalado, al tono directamente hagiográfico que domina el documental de Epstein, cinta que no duda ni un momento en ensalzar la figura de Milk. Hasta qué punto puede ser ésta una táctica equivocada se aprecia no sólo en las quejas de Nield sino también en la burla de Charles Derry, quien describe *The Times of Harvey Milk* como “Otra muestra inesperada de película bajo el influjo de *Psicosis* y de las películas de los 60 sobre personalidades terroríficas” (2009: 123). Según Derry, “Lo que más miedo produce es la confesión del gimoteante sociópata White (quien se ve en medio de las lágrimas a *sí mismo* como la víctima) mientras la cámara se acerca lentamente y ofrece un corto primer plano de sus ojos, una escena tan poderosa y perturbadora como cualquiera de las de *Psicosis*” (123, énfasis original). En nada ayuda este retrato a comprender por qué este hombre decidió matar y, sobre todo, en nada ayuda la película de Epstein a proteger a otras víctimas de furia parecida.

La reducción de White a un puñado de inquietantes rasgos psicopáticos es posible paradójicamente por lo atípico que resulta ser como villano. El Senador John Briggs, propulsor de la infame Proposición 6 derrotada en Noviembre de 1978 y que habría supuesto privar a los maestros gays de todo puesto de trabajo público en California, es mucho más sencillo de retratar como el clásico villano homófobo patriarcal dado su poder real, su proyección pública y su declarado ultra-conservadurismo. White, en cambio, desafía los estereotipos a los que Epstein lo sujeta. Podemos verlo haciendo absurdas declaraciones ante las cámaras de TV en contra de los derechos de los transvestidos a ejercer de maestros, o contra la

celebración del cuerpo erótico en el desfile del Orgullo Gay local, pero el joven y apuesto White (de tan sólo 31 años en el momento de su victoria electoral), un honesto ex-policía y ex-bombero parece más bien, como comenta un reportero, “El tipo de hijo del que cualquier madre estaría orgullosa”. De rostro aniñado y modales remilgados, repeinado y trajeado, White proyecta con su presencia física una inseguridad y vulnerabilidad que es incluso adorable si se la ve como retrato de la cándida masculinidad ultra-americana. Puede haber sido un hombre poco dado a sonreír, siempre señal de una peligrosa introversión como apuntó el padre de Ray Sloan, el jefe de campaña *gay* de Dan White, y como le advirtió a su hijo (Geluardi 2008); sin embargo, ningún rasgo de su representación en pantalla en el documental de Epstein indica hasta qué punto llegaría White por culpa de su frustración personal.

Epstein deja de lado esta villanía soterrada y contradictoria de White del mismo modo que ignora el heroísmo anti-patriarcal de Moscone para reforzar, como he indicado, el martirio de Milk. De este modo hay que acudir a fuentes externas al documental para saber que Moscone hizo posible la elección de Milk al reorganizar los distritos electorales en San Francisco de modo que los concejales pudieran ser elegidos por el voto de su propio barrio y no por el voto general de toda la ciudad. Esta nueva división territorial de Moscone le permitió a las minorías romper así el poder monopolista del que disfrutaba la mayoría blanca, compuesta principalmente por los descendientes de los emigrantes de origen italiano e irlandés. Epstein jamás se pregunta ni cuestiona por qué Moscone se sintió llamado a ayudar a estas minorías, ni se plantea los efectos del desempoderamiento de las mayorías blancas gracias a cuyo voto había llegado Moscone a la alcaldía. Añadiendo más leña al fuego, Epstein tampoco explora la raíz del odio que White sentía hacia Moscone en relación a su identidad de clase, étnica y religiosa, a pesar de que White, proveniente de una familia irlandesa de clase obrera, podría haberse sentido ofendido en su profundo catolicismo por la decisión del también católico Moscone de ayudar a un judío gay como Milk a tener mayor poder. En la versión de Epstein Moscone es simplemente el alcalde que firmó la ‘Ordenanza Municipal sobre los Derechos de los Gays’ (‘Gay Rights Ordinance’) que Milk defendía; si se le recuerda en las colosales marchas que siguieron a la muerte de Milk es por haber sido, como declara el documental, “también nuestro amigo”.

Dan White puso en marcha “su propia caída”, asegura Epstein, al dimitir repentinamente de su cargo como Concejal con el argumento de que no podía mantener a su esposa e hijo con su salario de 10,000\$ anuales. Según la voz en off del documental de Epstein, Dan White llegó al Ayuntamiento como “idealista pero, a diferencia de su floreciente homólogo Harvey Milk, se sentía con frecuencia frustrado por su trabajo. White nunca aprendió a moverse en la atmósfera de favores mutuos y compromiso del City Hall”. Esta inoperatividad de White, confirmada por muchas fuentes, y la presión a la que fue sometido por parte de sus partidarios le llevó a intentar retirar su dimisión. Sin embargo, un tecnicismo legal le permitió a Moscone nombrar a otra persona como Concejal tal como exigía Milk, ansioso por librarse no tanto de un enemigo personal como de un molesto votante conservador que le impedía al Ayuntamiento aprobar medidas más progresistas. El mayor error de Moscone, el insultó del que White no se recuperó, fue su decisión de no avisar a White del nombramiento de su sucesor. Sintiéndose traicionado ante este obvio ninguneo White ‘ejecutó’ a Moscone y a Milk a sangre fría en una secuencia de eventos que hiela la sangre y que tanto *The Times of Harvey Milk* como *Mi nombre es Harvey Milk* reflejan en todo su horror. White se coló en el Ayuntamiento de San Francisco dado que ya no podría entrar como Concejal y se dirigió sin titubear y sin disparar ninguna alarma entre los allí presentes al despacho de Moscone. Una vez dentro y tras una breve discusión le disparó un tiro a Moscone, seguido de otros dos una vez éste ya yacía en el suelo. White cargó la pistola sin perder la calma, le pidió a Milk que se dirigiera a su propio despacho y una vez allí le disparó cinco veces: una al intentar dejar su asiento, tres ya de rodillas y finalmente descerrajándole un tiro en la cabeza. Es por su ensañamiento y crueldad que ambas muertes son tan tristemente memorables así como por la sorpresa que hizo que nadie pudiera parar a White.

Una vez narrada la atrocidad cometida por White, Epstein se centra en el indignante juicio. Un factor claramente a favor de White fue el proceso de elección del jurado durante el cual se apartó a todo posible miembro perteneciente a una minoría; ya he comentado el éxito de la estrategia del abogado de la defensa Doug Schmidt consistente en presentar a su cliente como un hombre deprimido pero básicamente decente. El punto más controvertido y por el que hoy se recuerda el juicio es la llamada ‘defensa Twinkie’, argucia presentada por el psiquiatra Martin Blinder, uno de

los cinco terapeutas empleados por la defensa de White. Según parece Blinder explicó que la gran cantidad de comida basura consumida por White la noche previa a los asesinatos afectó su capacidad de raciocinio, argumento que incidía en la línea de la defensa según la cual White no era plenamente consciente de sus actos. No queda claro si Blinder mencionó los Twinkies, unos pastelillos rellenos similares a los Bucaneros comercializados por Bimbo, y es muy posible que fuera el satirista Paul Krassner quien de hecho tuvo la ocurrencia de invocar la popular etiqueta de la ‘defensa Twinkie’ (Pogash 2003). El hecho es que el jurado aceptó la auto-presentación de White como “un idealista asqueado con la corrupción política” además de su despreciable mentira, según la cual había improvisado los asesinatos. Se le condenó, increíblemente, a tan sólo ocho años por homicidio *involuntario*, de los cuales cumplió cinco y medio sin tratamiento psiquiátrico alguno. Irónicamente, una peculiar escena en el documental muestra a Moscone comentando su horror ante la persistencia de la pena de muerte en California, escena que sugiere implícitamente que, de haber sobrevivido a Milk, Moscone no habría apoyado la posible ejecución de White. Dianne Feinstein, la Concejal conservadora que sucedió a Moscone como Alcaldesa, criticó en su momento el veredicto “porque creo que la base del enajenamiento transitorio sobre la que se ha construido el juicio claramente indica que cualquiera que cometa un asesinato lo hace enajenado”. El reputado crítico Roger Ebert añade en su reseña del documental de Epstein que, no obstante, muchos creyeron en aquel tiempo que “White recibió una condena leve no tanto por culpa del sentimiento anti-gay sino por culpa de la incompetente fiscalía. Los autores del documental podrían haber entrevistado a algún miembro del jurado pero la decisión de no permitirles hablar—de centrarse sólo en las interpretaciones de los amigos y asociados de Milk—revela un sesgo preocupante” (1985).

Este sesgo a favor de la tesis anti-gay viene acompañado además de una media verdad: se puede leer el injusto juicio de White como un triunfo del fundamentalismo patriarcal blanco y heterosexual pero el descenso de White en una depresión terminal no tiene indicio alguno de triunfo. Su suicidio, acontecido pocos meses después del estreno de *The Times of Harvey Milk*—si bien nadie ha teorizado una relación causa/efecto—se comenta, precisamente, en un breve documental, *Dan White’s Update*, añadido como extra sin acreditar a la edición en DVD. Lo que la pieza

evidencia es que lo que enajenó a White, si se puede decir así, y le impidió aplicar su capacidad de razonar moralmente no fue (sólo) su homofobia sino su crítica situación financiera. Vemos en el cortometraje a White entregando su placa de bombero tras la elección ya que su nuevo puesto era incompatible con cualquier otro empleo público. A diferencia de Milk, que suplementaba su sueldo de Concejal con los ingresos de su tienda y que no tenía familia que mantener, White pronto se vio incapaz de cumplir su deber como cabeza de familia tradicional (si bien su esposa aportaba un salario como maestra). Estas estrecheces económicas no justifican de ninguna manera el asesinato pero es importante reconocer lo que el documental de Epstein no reconoce y es que la violencia que White desató tenía sus raíces principalmente en su sentimiento de que tanto Moscone como Milk habían contribuido a su fracaso *como hombre*. Podemos protestar que este fracaso es irrelevante e incluso nos podemos burlar del irracional, limitado White pero si nos negamos a comprender el tipo de presión que empujó a White al abismo junto a sus víctimas no podremos proteger de ese mismo abismo a otras víctimas potenciales, incluyendo a los futuros perpetradores de crímenes parecidos. El tono hagiográfico de la película de Epstein no evitará otro martirio similar al de Harvey Milk—comprender (que no justificar) a hombres como Dan White sí podría ayudar.

Mi nombre es Harvey Milk: Dan White, el patriarca encubierto

Mi nombre es Harvey Milk de Gus Van Sant insiste también en el retrato hagiográfico y en darle a Dan White una caracterización incompleta. Podríamos incluso especular si esta es la razón por la cual Sean Penn ganó un Oscar al mejor actor protagonista por encarnar a Milk mientras que Josh Brolin tuvo que conformarse con una nominación al mejor secundario por su papel de White, pese al empeño y calidad que ponen ambos en sus interpretaciones. Dejando especulaciones aparte el caso es que *Mi nombre es Harvey Milk* le valió un Oscar como mejor guionista original a Dustin Lance Black (pese a ser una clara adaptación del documental de Epstein) además de nominaciones como mejor director para Van Sant y como mejor película de 2008 para la cinta (la ganadora ese año fue la mucho más trivial *Slumdog Millionaire*).

Pese a ser muy buen conocedor del documental de Epstein, como reconoció, Black no corrigió en su guión el ‘sesgo preocupante’ que Ebert había identificado. Black no sólo decide ignorar la ira y el desespero de White sino que además comete el embarazoso error de insinuar que White sentía una secreta atracción homosexual por Milk. Lejos de estar recluido en el armario gay, White estaba más bien aprisionado por el armario patriarcal ya que se sentía tan imposibilitado de declarar su homofobia en público (al estilo del Senador Briggs) como de librarse de su propio desempoderamiento. Las palabras políticamente incorrectas dirigidas por el White real a un periodista y puestas en boca de su versión ficticia en la película de Van Sant sirven de tarjeta de presentación pero también de anuncio de su horrendo crimen:

“No me van a echar de San Francisco las camarillas de radicales sociales, perversos sociales e incorregibles. Debes darte cuenta de que hay miles y miles de personas frustradas y enfadadas tales como vosotros mismos, esperando a dar rienda suelta a una ira que erradicará la malignidad que empaña nuestra hermosa ciudad.”

Con todo, el actor Josh Brolin, quien tenía ya 39 años en la época del rodaje frente a los 31 del White real cuando sucedieron los hechos, le aporta al personaje una madura hombría de la que carecía el auténtico Dan White. Mientras en el documental de Epstein White parece un niño propenso a las pataletas y a enfurruñarse, en la interpretación de Brolin el carácter cambiante y la ansiedad siempre a flor de piel dotan a su Dan White de un temperamento mucho más temible. Por la plena consciencia de su posición y de su frustración este White es alarmante en un sentido mucho más claro y perceptible, una bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento. Pese a ello, ni Black ni Van Sant persiguen averiguar qué factor convirtió a White en un asesino sin ser previamente un hombre violento. Vale la pena escuchar al propio Brolin, quien asegura que al prepararse para el papel prefirió centrarse en la frustración y no en la homofobia de White. Según el actor, el problema de White es que no supo jugar el papel para el cual sus propios pares lo habían elegido, en especial sus compañeros del Cuerpo de Bomberos y del Cuerpo de Policía, quienes querían que él “retornara San Francisco a sus fundamentos, a esa mentalidad blanca, o super-blanca, y Católica” (Brolin en Murray). La nueva situación, en parte

debida a Moscone, sencillamente hizo tal regresión imposible. En palabras de Brolin (con especial atención a su uso de la primera persona):

“Y entonces intentó dimitir pero no le permitieron dimitir. Decían: ‘Vuelve a tu sitio. Tienes que hacerlo por nosotros. Eres nuestra gran esperanza blanca.’ Pero entonces el Alcalde Moscone se negó a dejarle volver. Así que, a un nivel básico humano entiendo que cuando te quitan todo tu poder y estás allí sentado viendo que tu legado no es nada, tan sólo basura, ante tu familia, tus amigos, tu comunidad, todos, y piensas que la única cosa tangible que puedes hacer, el único acopio de poder que me queda es coger una pistola, cargar la pistola, apuntar la pistola, disparar la pistola, matar a la persona, causa y efecto. (...) Obviamente no lo justifico pero entiendo esa desesperación” (en Murray: n.pag.)

Temiendo su asesinato el auténtico Harvey Milk grabó una cinta con sus pensamientos y testamento políticos, cinta cuyos fragmentos podemos oír en el documental de Epstein. Usando la grabación como excusa y mostrando a Milk ante el micrófono, Van Sant articula su propia película desde el punto de vista de este hombre como futura víctima, decisión que afecta también el retrato (incompleto) de su asesino. Dado el carácter de biopic ficticio de *Mi nombre es Harvey Milk*, Black y Van Sant le dedican un tiempo generoso a la vida privada del protagonista, incluyendo la compleja relación con su joven amante suicida Jack Lira. Es de hecho tentador leer a este Harvey Milk como un hombre atrapado entre dos hombres profundamente auto-destructivos: Lira y White. Esta lectura queda implícita en la incómoda escena en la que White, quien se ha emborrachado para superar su timidez y así colarse en la fiesta de cumpleaños de Milk, acaba acorralándolo en un impersonal pasillo de un no menos impersonal hotel. White le dice a un tenso, cauteloso Milk que pronto será noticia pese a carecer de la ventaja que su ‘tema’ le da a Milk. Éste protesta que ser gay no es tan sólo un ‘tema’ y que, de hecho, tres de los hombres principales en su vida intentaron suicidarse por miedo a salir del armario: “Sé que fue por mi culpa. Les dije que se quedaran quietos. Que se ocultaran. La mayor parte de mi vida he sido débil y me he ocultado en el armario. La vida es así para la mayoría de nosotros.” La súbita presencia de Lira interrumpe la confesión y la conversación; White, desconcertado, se marcha anunciando a gritos que ya ha encontrado el ‘tema’ que lo pondrá en primera plana de los diarios. En última instancia, Lira no se suicida por miedo a salir del armario sino porque se siente abandonado por Milk, un obseso del trabajo que ya ha perdido al

amor de su vida, Scott, por la misma razón. La auto-estima del frágil Lira es demasiado baja y su dependencia de Milk demasiado alta para encontrar un equilibrio en la vida. Este patrón se repite en White de modo aún más extremo ya que él llega a matar a los dos hombres de los que cree recibir insuficiente respeto y apoyo: Milk pero sobre todo Moscone. No es cuestión, desautorizando a Black, de atracción homosexual hacia Milk sino la clásica idea patriarcal de que no hay hombre más peligroso que el desposeído que responsabiliza a los demás de su desempoderamiento.

Pese a esta dependencia de White en relación al Alcalde Moscone que es quien al fin y al cabo le impide retomar su cargo, el papel de Moscone y su asesinato apenas tienen sentido en la película de Van Sant. Cuando Milk confía a su grabadora los recuerdos de la crucial reforma electoral de los distritos que permitió su acceso al Ayuntamiento como Concejal no menciona a Moscone. El Alcalde (interpretado curiosamente por el actor gay Victor Gerber) es simplemente presentado como un hombre maleable que sigue los pasos marcados por Milk en relación a la ‘Gay Civil Rights Ordinance’ y en la oposición a la infame Proposición 6 de Briggs. Cuando Moscone firma la nueva Ordenanza llega incluso a decirle a la prensa que “No hago esto lo bastante: emprender una acción decidida y sin ambages que apoye sustancialmente los derechos civiles.” En una escena particularmente cuestionable e incluso fea, Milk acosa a Moscone en su despacho para que no re-admita a White como Concejal con la amenaza de perder el voto gay y no resultar elegido ni “atrapaperros”. Moscone rebaja la tensión bromeando sobre el estilo neo-mafioso de Milk y éste replica: “Me gusta. Un homosexual con un poco de poder, da bastante miedo, ¿verdad Señor Alcalde?” Ni Black ni Van Sant parecen darse cuenta de que con esta frase Milk indica una inclinación más que dudosa hacia la típica ansia de poder patriarcal. Tampoco parecen darse cuenta de que, en franca contradicción con el tono hagiográfico, la escena justifica el agravio del que White culpa a Moscone y presenta a Milk jugando sucio con tal de beneficiar su causa, por muy respetable que ésta sea.

En contradicción con la incapacidad que demuestra Milk para reconocer dónde radica el punto flaco de los hombres que lo rodean, el guión presenta a Milk como un caballero andante siempre al servicio del más débil, incluyendo a White. Algunas sombras escapan a esta imagen impoluta que aún así la película se resiste a reconocer. Una es la propensión de Milk a utilizar situaciones que requieren mayor tacto. Así

pues, el judío Milk asiste al bautizo católico del bebé de White porque, como le explica a sus ayudantes, “le dejaré que me bautice si con eso consigo que vote a favor de mi Ordenanza sobre los derechos gays.” Milk resulta ser también un narcisista cegado por la idea de que todo hombre hetero oculta un gay. Cuando una persona de su entorno le pregunta en broma si es que encuentra guapo a White, Milk contesta “No. Sé lo que es esa vida. La mentira. Lo puedes ver en los ojos de Dan. El miedo, la presión.” La ironía, intencionada o no, es que Milk identifica los signos pero no el origen de la mentira que White vive, que no es debida al armario gay, como he indicado, sino al patriarcal.³

En la versión de Van Sant el peor error que Milk comete es, sin duda, creer que “Dan está bien. Simplemente le falta formación. Ya le enseñaremos.” Seguramente Milk es incapaz de prever la violencia asesina de White porque ésta es en sí inconcebible y porque, como ya he subrayado, White era un conservador muy moderado en comparación con activistas anti-gay como Briggs o Anita Bryant. La película de Van Sant documenta mucho mejor que la de Epstein la virulencia de la intolerancia a que se enfrentaban los gays en los 70. Usando una abundante selección de filmación real de la época Van Sant mezcla realidad y ficción, utilizando las técnicas propias del docudrama para caracterizar a Briggs y Bryant como temibles villanos dotados de poder muy real. Dado que White no es en absoluto su agente o esbirro sino un hombre que fracasó en su penoso intento de integrarse en el nuevo San Francisco multi-cultural cabe preguntarse dónde yace el peligro real en el progreso hacia la total tolerancia. La pregunta queda por el momento en el aire, dada la aversión de Black y de Van Sant a desprenderse del discurso homófobo en torno a White para reconocer, como debrían haber hecho, que la fuente principal de su violencia es la frustración de no gozar del grado de poder patriarcal al que creía tener derecho como hombre de su época y lugar.

³ El auténtico Milk, no obstante, era bastante más impaciente con el a menudo irritante Dan White. Esta impaciencia se refleja mejor en la película para TV *Execution of Justice* (Leon Ichaso, 1999, basada en la obra de teatro de Emily Mann, 1984). A diferencia de las otras dos películas aquí analizadas, esta cinta se centra en White, presentado como todo un ‘loser’ fracasado—la pesadilla de la masculinidad patriarcal americana.

Conclusiones: Orgullo y prejuicio

En *Mi nombre es Harvey Milk* la desapacible noche que White pasa planeando los asesinatos se contrapone con la última conversación que Milk mantiene, en el curso de la cual su antigua pareja, Scott, declara lo orgulloso que se siente de los grandes logros de Milk. Por supuesto que este orgullo (gay) debe ser objeto de celebración ya que una alta auto-estima es siempre una sólida base sobre la que reclamar plenos derechos civiles. No obstante, nunca deben soslayarse los peligros que supone el desempoderamiento de quien niega estos mismos derechos. Black y Van Sant sólo informan del luctuoso final de White en los títulos de crédito, mientras que la última imagen se reserva para un Milk convertido en santo secular. Los tres breves documentales incluidos como extras en la edición en DVD insisten en la sentimentalización de Milk, sin mencionar a White o, lo que es mucho peor, a Moscone. Parece esta una actitud dominada por el prejuicio, no tanto contra el asesino (quien lógicamente no merece nuestra simpatía aunque sí merezca ser entendido) sino contra el político que al fin y al cabo murió por empoderar a otros, entre ellos a Milk.

Puede sonar pasado de moda pero Moscone se merece ser honrado lo mismo que muchos otros activistas anti-patriarcales (sean hombres o mujeres) que han luchado desde posiciones de privilegio para lograr que quienes carecen de él se empoderen y acaben así, entre otros instrumentos patriarcales, con la homofobia y, desde luego, con la misoginia. Es pues, hora de sumar sus logros como luchadores anti-patriarcales a los logros de otros héroes ya reconocidos, tales como el propio Harvey Milk. Es hora también de abandonar el retrato estereotipado del villano y de procurar entender las causas de la violencia que algunos hombres generan, no para justificarla sino para evitarla en un futuro lo más próximo posible.

REFERENCIAS

- Boyarín, Daniel. *Unheroic Conduct: The Rise of Heterosexuality and the Invention of the Jewish Man*. Berkeley, Calif: University of California Press, 1997.
- Chambers, Stuart. *The Moral Minority: Identifying, Analyzing, and Exposing Homophobes*. Renfrew, Ont: General Store Pub. House, 2005.

“Actos desesperados de hombres desposeídos: Masculinidad, heterosexualidad y crimen en *The Times of Harvey Milk* (1984) y *Mi nombre es Harvey Milk* (2008)”

- Chidester, David. *Salvation and Suicide: Jim Jones, the Peoples Temple, and Jonestown*. Bloomington, Ind: Indiana University Press, 2003.
- Derry, Charles. *Dark Dreams 2.0: A Psychological History of the Modern Horror Film from the 1950s to the 21st Century*. Jefferson, N.C: McFarland & Company, Inc., Publishers, 2009.
- Ebert, Roger. “*The Times of Harvey Milk*.” 22 Febrero 1985. *Chicago Sun Times Movie Reviews*.
<<http://rogerebert.suntimes.com/apps/pbcs.dll/article?AID=/19850222/REVIEWS/502220302/1023>>
- Execution of Justice*. Dir. Leon Ichaso. Actores: Tim Daly, Peter Coyote, Stephen Young. Harris Productions, Justice Productions Inc., Paramount a Viacom Company, 1999. Película para TV.
- Fone, Byrne R.S. *Homophobia: A History*. Nueva York: Picador, 2000.
- Geluardi, John. “Dan White’s Motive More About Betrayal Than Homophobia.” January 29 2008. *SF Weekly*. <<http://www.sfweekly.com/2008-01-30/news/white-in-milk/>>
- Getlin, Josh. “Remembering George Moscone.” Noviembre 23 2009. *Los Angeles Times*. <http://www.latimes.com/news/opinion/la-oe-getlin23-2008nov23_0,1670616.story>
- Kantor, Martin. *Homophobia: The State of Sexual Bigotry Today*. Westport, Conn: Praeger, 2009.
- Kimmel, Michael. *The Gendered Society*. Oxford: OUP, 2004.
- Milk*. Dir. Gus Van Sant. Actores: Sean Penn, Josh Brolin, James Franco, Victor Garber. Focus Features, Axon Films, Groundswell Productions & Jinks/Cohen Company, 2008. Película.
- Murray, Rebecca. “Josh Brolin Talks About *Milk*.” Sin fecha. *About.com*. <<http://movies.about.com/od/milk/a/josh-brolin.htm>>
- Nield, Anthony. “*The Times of Harvey Milk*.” 27 Enero 2009. *DVD Times*. <<http://dvdtimes.co.uk/content.php?contentid=6991>>
- O’Hehir, Andrew. “The Man Who Blew Up America’s Closets.” 26 Noviembre 2008. *Salon.com*.
<<http://www.salon.com/ent/movies/btm/feature/2008/11/26/milk/index.html>>
- Plummer, David. *One of the Boys: Masculinity, Homophobia, and Modern Manhood*. Nueva York: Harrington Park Press, 1999.
- Pogash, Carol. “Myth of the ‘Twinkie defense:’ The Verdict in the Dan White Case Wasn’t Based on his Ingestion of Junk Food.” 23 Noviembre 2003. *SF Gate: Home of the San Francisco Chronicle*. <<http://www.sfgate.com/cgi-bin/article.cgi?f=/c/a/2003/11/23/INGRE343501.DTL#ixzz0TzgK9CLY>>
- Sodomy Laws*. Ed. Bob Summersgill. 2007. Gay & Lesbian Archives of the Pacific Northwest (GLAPN). <<http://www.glapn.org/sodomylaws/history/history.htm>>
- The Times of Harvey Milk*. Dir. Rob Epstein. Black Sand Productions & Pacific Arts, 1984. Documental.

LICENCIA CREATIVE COMMONS



Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.



Reconocimiento (Attribution): En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia hará falta reconocer la autoría.



No Comercial (Non commercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.



Sin obras derivadas (No Derivate Works): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Se prohíbe específicamente generar textos académicos basados en este trabajo, si bien puedes citarlo. La referencia correcta sería:

Martín Alegre, Sara. “Actos desesperados de hombres desposeídos: Masculinidad, heterosexualidad y crimen en *The Times of Harvey Milk* (1984) y *Mi nombre es Harvey Milk* (2008)” (2013). Bellaterra: Departament de Filologia Anglesa i de Germanística, Universitat Autònoma de Barcelona, 2015.

Seguido de la dirección de la web del DDD donde se ha publicado el documento.

Nota Para cualquier duda, ponerse en contacto con la autora, Sara Martín Alegre (Sara.Martin@uab.cat)